

El secreto y las sociedades secretas

Georg Simmel

Introducción de Daniel Mundo

sequitur

Índice

Simmel. La contraluz de la claridad moderna	
<i>Daniel Mundo</i>	9
El secreto y las sociedades secretas	
<i>Georg Simmel</i>	25

Georg Simmel. La contraluz de la claridad moderna

Daniel Mundo

I

Georg Simmel nació en Berlín en 1858 y murió en 1918 en Estrasburgo, Francia, a causa de un cáncer de hígado. En 1876 –dos años después de la muerte de su padre– Simmel ingresó a la Universidad de Berlín para estudiar Historia y Filosofía. Se doctoró en filosofía en 1881.

Su obra y su pensamiento influyeron en autores de peso como Edmund Husserl, Martin Heidegger, Max Weber, Heinrich Rickert, Auguste Rodin, Rainer Maria Rilke, Lou Andreas Salomé, entre muchos otros. Siegfried Kracauer, Georg Lukács, Ernest Bloch, Martin Buber fueron alumnos suyos. En alguna entrevista Hannah Arendt llegó a afirmar que "todo el mundo leía Simmel en la década del veinte". En fin, a comienzos del

siglo XX Simmel era un autor de referencia. Y sin embargo, quizás por el estilo errático de su escritura, por el abanico arbitrario y asistemático de los temas que investigó, por las digresiones de su prosa, por lo que hoy llamaríamos el carácter interdisciplinar de sus enfoques, y posiblemente también por su condición de judío, nunca dejó de ser un *outsider* del mundo académico, al que él, por otro lado, deseaba pertenecer. Pasaron muchos años antes de que los pensamientos disciplinares de la sociología y la filosofía lo aceptaran como uno de sus fundadores, y todavía se lo hace con sospecha. Hoy, cuando este mundo engulló otras formas de pensamiento e instituyó una lengua propia –el lenguaje políticamente correcto de los *papers*–, ese rechazo se festeja; Simmel lo sufrió.

Simmel fundó, junto con Max Weber y Ferdinand Tönnies, la Asociación Alemana de Sociología, de la que, además, sería su director durante años; escribió en 1908 su monumental *Soziologie*, del que el presente libro constituye un capítulo; colaboró con asiduidad en la *Année Sociologique*, la revista de sociología más importante del momento; creyó, o hizo creer que creía, como Durkheim, en la necesidad de crear un objeto específico para la sociología, una "sociología pura" o formal; en fin, realizó todas las acciones necesarias para ser incluido en el incipiente campo de la sociología, que tenía a Émile Durkheim como director escénico. Nada alcanzó. Simmel se quejaba, sin embargo, de que en el extranjero sólo se lo reconociera por sus trabajos de

sociología y no por su pensamiento filosófico. Pero con la filosofía no le ocurriría algo muy distinto. En ese momento la filosofía seguía sufriendo el terremoto que había provocado la muerte de Hegel (terremoto avivado por las tormentas de Schopenhauer y de Nietzsche, a los que Simmel leería con profundidad). Y buscaba un modo de volver a la vida. Pero la manera de pensar de Simmel y los temas que investigaba eran más inquisidores que edificantes: lo ubicaban lejos de los centros de interés que la Universidad alentaba. Su lectura de Kant, por ejemplo, no respondía a la pregonada por el neokantismo, y la lectura de Nietzsche le provocó convulsiones existenciales que los filósofos en ese momento estaban tratando de controlar, no de propagar. En pocas palabras, no obtuvo de estos campos el reconocimiento que buscaba... o que necesitaba, pues llegado a un momento de su vida Simmel tuvo dificultades pecuniarias que el cargo de profesor y el reconocimiento institucional sin duda le hubieran aliviado.

Si había logrado estudiar en la universidad había sido por el apoyo financiero de un amigo de la familia, propietario de una editorial musical, llamado Julius Friedländer. Cuando éste murió le dejó a Simmel una pequeña herencia que le proporcionó cierto desahogo económico, que tendría efectos contradictorios: por un lado, al no necesitar con urgencia un trabajo ni depender en principio de un salario, pudo dedicarse a investigaciones que no siempre respondían a los intereses de los campos académicos en los que Simmel se desenvolvía:

la sociología, la psicología y la filosofía. Pero cuando esta especie de subvención se agotó Simmel se vio obligado a vivir de sus clases particulares. El eclecticismo en lo que investigaba como en la manera de hacerlo le complicó el ingreso a un sistema de promoción universitario ya de por sí vetusto y burocrático. Para colmo tenía ascendencia judía¹: podría plantearse que casi sin advertirlo Simmel terminó ocupando el rol de un tipo social específico, el del judío alemán decimonónico, un ser desarraigado, un paria que pretendía asimilarse hasta pasar desapercibido, que deseaba pertenecer a una sociedad que no dejaba de estigmatizarlo y de practicar de múltiples maneras el rechazo y la exclusión.²

Si bien en la temprana fecha de 1885 Simmel había alcanzado el cargo de *Privatdozent*, nunca logró que la Universidad de Berlín lo nombrara profesor con dedicación exclusiva. Los *Privatdozent* son profesores asociados que dependen de los honorarios pagados por los oyentes, que por cierto a los cursos de Simmel concurrían en gran cantidad. El problema radicaba en que los concurrentes eran en su gran mayoría mujeres y personas que venían del este de Europa, que según un informe dictado por la misma universidad, no convenían a un "distinguido profesor". En 1901 consiguió el puesto de *Ausserordentlicher Professor*. Era un puesto docente extraordinario, rentado, pero por períodos limitados de tiempo. Sería el cargo más alto que alcanzaría en Berlín. El cargo de profesor de la Cátedra de Filosofía con dedicación completa lo conseguiría sobre el final de su vida,

en 1914, pero para aceptarlo —cosa que hizo con resque-
mor y dudas— debió abandonar su ciudad, la Berlín cos-
mopolita de principios de siglo, y mudarse a
Estrasburgo, Alsacia, en ese momento territorio anexo-
do por Alemania luego de la guerra de 1870. Además, el
estallido bélico dificultó el dictado de sus clases. No es
muy descabellado pensar que la guerra y la mudanza
afectarían a su salud.

Frente al rechazo persistente con el que Simmel se
topaba para entrar al mundo universitario se vio obliga-
do a colaborar con asiduidad en revistas culturales y
periódicos. Esta práctica lo entrenó en una escritura no
académica, y además lo obligó a interesarse en un arco
variadísimo de temas. Es posible, además, que la inter-
vención regular en los medios de masas le hubiese posi-
ibilitado comprender que algo esencial del futuro de la
filosofía se ocultaba fuera del frío del claustro universi-
tario, en un lector no avezado en la jerga y que está como
desconcertado, atrapado en el remolino intelectual y
sensitivo de la vida moderna. Hasta que ganó el cargo en
Estrasburgo y se mudó allí, a las charlas que daba en su
casa concurría la flor y nata de la sociedad berlinesa.
Simmel, sin saberlo posiblemente —o sin poder hacer
nada para cambiarlo—, se había instalado en una posi-
ción límite, un límite ubicado en el medio de la socie-
dad, hasta en lo más próspero de ésta. No supo advertir
que ese centro era un margen. La primera gran guerra
pondría fin a estas ilusiones.

II

La filosofía de fondo que alienta los pensamientos simmelianos es una filosofía de la diferencia: los hombres somos "seres de la diferencia".³ Es a partir de ella que se organizan la conciencia, el cuerpo, el ánimo y la misma estructura social. Y pocas cosas marcan más la diferencia entre unos hombres y otros que el secreto. Lo que sucede es que el secreto circunscribe con claridad la diferencia, que socialmente no se asume o cuesta asumir, y que querría pasar ignorada o desapercibida –cuanto más progresista la percepción, más desapercibida pasaría la diferencia. La diferencia entre nosotros y ellos, entre algunos que saben y otros que ignoran, entre los que son como yo y los que son diferentes. Atracción y rechazo son las dos grandes fuerzas que despierta la circulación de un secreto. Tensiona el vínculo social, que la sociedad sueña consensuado y armónico, como si la conciencia fuera omnipotente y pudiera disponer a su antojo de nuestras relaciones, de nuestros afectos, de nuestro ser. Por ello usualmente se lo rechaza o por lo menos se sospecha de él.

Al secreto se lo relaciona con la mentira o la doblez, pues la fecundidad o intensidad de una relación "bien conformada" se mide por el grado en que cada uno se revela al otro por confesiones, por palabras o por actos. Éste es uno de los problemas que la sociedad de masas del siglo XIX dejó como herencia: el intercambio de información, el develamiento de lo que se es, de lo que

se vivió o se sufrió, como una de las características principales del vínculo interpersonal. Además, la sociedad democrática alienta este tipo de publicidad y de supuesta transparencia: "nuestra existencia moderna descansa sobre la creencia en la honradez de los demás". Sin ese sentimiento de confianza: "la confianza en que no somos engañados", la "economía de crédito"—en un sentido que va mucho más allá de lo meramente económico— sería impensable. Sin embargo la mentira existe y funciona. Sería una táctica discursiva que para Simmel tendría un carácter positivo. Es el mecanismo con el que se cuenta para invertir la superioridad física o numérica, pero además para crear un misterio, un aliciente para la comunicación, pues la mentira, como el secreto —que alguien sepa lo que los otros, por ahora, ignoran—, suponen una diferencia y una distancia esencial entre los seres, que de otro modo no estarían juntos o próximos, sino superpuestos o amuchados. Para la configuración de la sociedad son tan necesarias "la concordia y la cooperación" como "la distancia, la competencia, la repulsión".

Cada sociedad regula esa distancia y condiciona así los grados de saber y de desconocimiento necesarios para entablar relaciones sociales en un momento histórico determinado. El secreto funciona como su motor invisible, pues así como la mentira implica una ampliación enorme del poder de la lengua, el secreto supone la posibilidad de abrir otros mundos, mundos paralelos a la realidad cotidiana, y que terminan influyendo en

ella. Simmel se cuida de aclarar que habría que prescindir del sentido moral que acarrea la idea de secreto – algo negativo para una sociedad que postula la transparencia comunicativa como ideal; lo que no significa que no suceda al revés: el mal es consustancial con el secreto, pues es en secreto que se practica lo inmoral– y concebirlo como una forma sociológica pura. El secreto funcionaría a nivel social como una de las instancias que despertarían en el otro el deseo de saber y de ser, alimentando así su principio vital. El que lo posee lo quiere resguardar; los que no están iniciados en él, pero advierten su presencia –o creen advertirla–, lo quieren conocer o poseer, o lo rechazan: culpan a los conjurados en el secreto, a los "otros", de un mal que quizás sufran pero cuya causa en verdad ignoran, o no quieren asumir. Por ello, independientemente de cuál sea el contenido que se sustrae, "el sujeto destaca por aquello que oculta".⁴

Organizar a conciencia una sociedad secreta proporciona el peculiar placer de la construcción en común con otros de algo arbitrario. Encarna un gesto aristocrático. Instituye la diferencia de manera caprichosa, aunque planificada. De un día para otro puede instaurarse una distancia entre personas que hasta ayer eran vecinos o amigos. Ahora él sabe algo que el otro le contó y que yo ignoro. Pero el secreto tiene otra faz: consustancial con él son las posibilidades de la confesión y de la traición – que por cierto también tienen su cuota de placer, el vértigo que genera la amenaza. Hay algo de los poderes que

los seres humanos tenemos de construcción y de destrucción que se juega alrededor del secreto: crear un secreto implica también la capacidad de destruirlo; crear una hermandad supone la posibilidad de traicionarla. Creación por ocultación o sustracción, destrucción por develamiento. Por otro lado está el desencanto, pues no es fácil que la revelación final satisfaga las expectativas que se habían abierto por el desconocimiento que suponía el secreto. Más vale la promesa incumplida que la constatación consumada. En los matices que produce la tensión entre todos estos intereses radica la riqueza de la interacción social

Simmel plantea que hay un conocimiento mutuo consciente, pero principalmente preconsciente, corporal, entre las personas, pues es importante saber o intuir quién es el otro cuando se entra en relación con él. Es más, "toda relación entre personas hace nacer en cada una una imagen de la otra". Esta imagen no reproduce su objeto, ya que "el conocimiento psicológico depende de las formas que el espíritu cognoscente lleva consigo". Se produce una dialéctica entre lo que el otro es y lo que yo imagino que él es. En todo caso se crea una comunicación en la que el otro revela (o también re-vela, cuida y vela él también) lo que soy, como yo revelo lo que él es. Una comunicación en la que se pone en juego un saber que idealmente pretende rescatar lo coherente y desatender lo "irracional y caótico", aunque en verdad este saber no necesariamente es consciente —más bien al contrario— y nunca es total.⁵ Lo que se conoce del otro pero también

de uno mismo, lo que entonces se "revela" al otro, siempre se conoce o manifiesta desde una cierta perspectiva, de modo fragmentario y parcial, escuchando lo que se dice pero también lo que se calla, interpretando las palabras y los silencios... las dudas en el plano del contenido pero antes en los tartamudeos de la enunciación. Podría sospecharse que las relaciones entre las palabras y los silencios tienen una estructura semejante a las del secreto y la revelación: las palabras con las que comunicamos servirían como disfraz de un silencio fundamental, indecible tal vez, que sin embargo habría también que saber cuidar —el secreto del lenguaje quizás radique en que si se ha conquistado uno es precisamente para poder-no-hacer-uso continuo de él. Simmel de hecho enumera una cantidad apreciable de sectas o grupos anudados alrededor del secreto que durante una cierta cantidad de tiempo practican un voto de silencio. Ahora bien, esta atención en lo que el otro no-dice, en su silencio, sería una especie de intromisión, estaría violando un principio básico de la sociabilidad moderna, el de la discreción —la otra cara de la vergüenza. La discreción "no consiste sólo en respetar el secreto del otro, su voluntad expresa de ocultarnos algo, sino en evitar conocer del otro lo que él positivamente no nos revela". Para bien y para mal, este decoro sujeto a un dominio racional se complementa, para "quien tenga un fino oído psicológico", como tenía Simmel, con intuiciones y adivinaciones que escapan al dominio y permiten elaborar interpretaciones sobre la interioridad del otro que el otro muchas

veces preferiría mantener ocultas: "el trato entre los hombres descansa en que cada uno sabe del otro algo más de lo que el otro le revela voluntariamente", incluso algo que el otro se esfuerza en ocultar, o justamente por ello.⁶

Ahora bien, la ignorancia no sólo atañería a la imagen del otro, a lo que el otro es para nosotros, también lo haría de alguna manera sobre sí mismo. Uno ignora una zona suya, una parte de sí mismo, que el otro adivina. La tarea consistiría en ir desperdigando pistas. Agotar el agujero o la falta que uno es atentaría de alguna manera contra el futuro de la propia individualidad y de la relación con los otros —es una falta que se puede cubrir pero no colmar, además. Simmel constata este peligro en varios vínculos sociales, incluso en vínculos íntimos como por ejemplo el matrimonio, que tal como es postulado en la época moderna supone una entrega y una revelación totales de cada una de las partes. La consecuencia puede ser calamitosa. Si se satura la comunicación puede crearse una sensación de vacío definitiva, pues al revelar el fondo de un ser, al sentir que se agotó su misterio, que ya no hay secreto, se destruye la sorpresa y el encanto con el que la fantasía lo había presentado. Llega la hora del entretenimiento y la distracción, la falta de cuidado y de respeto. Con la amistad u otro tipo de "enlaces eróticos", por cierto, ocurriría algo apenas diferente. Como en estos casos la entrega es acotada o "no tan apasionada" habría posibilidades de que la apertura del propio ser sea cuidadosa y reticente, lo que

a la vez permitiría un conocimiento mutuo más pleno y fecundo. Pero quizás al "hombre moderno" le está vedada esta comunicación amorosa que funda en lo velado la plenitud o la satisfacción, y apuesta por la fantasía antes que por el entendimiento, por lo verosímil más que por la verdad. "Acaso tenga demasiado para ocultar" este hombre para entablar una relación como ésta —acaso esté ansioso de realidad, creyendo que la realidad es asible y que se la puede moldear. Lo que sucede, entonces, según los planteos de Simmel, es que se organizan "amistades diferenciadas" que van ligando a una persona con otra de acuerdo con necesidades específicas: el estudio, el trabajo, el deporte, la vecindad. Si bien el vínculo es parcial por un lado —con este amigo específico hablo y hago cosas que sólo puedo hacer con él—, por otro lado es total —pues sólo con él puedo decir y hacer eso que digo y hago. Estos síntomas que Simmel detectaba hace un siglo no perdieron nada de actualidad.

Una cosa es resguardar una parte de sí y contenerse en la indagación —no querer saber todo del otro, dejar en uno y en el otro un núcleo no-revelable—, y otra cosa es disimular intencionalmente, enmascarar de modo tendencioso. También en ese caso habría que cuidarse de la condena moral. Esta prevención es extensible al juicio que provoca para la democracia moderna la organización de una "sociedad secreta". Despierta desconfianza. Se la relaciona con el despotismo, la oscuridad, la ocultación, la intriga que no puede hacerse pública... en fin con el viejo régimen aristocrático que se ha dejado atrás.

Pues el secreto ejercería sobre la psique el poder terrorífico que tiene lo ignoto o lo inefable, por ello se lo considera algo amenazador. La democracia moderna se respalda, en cambio, en leyes generales, públicas, abstractas. La comunidad científica lo hace —o lo hacía hasta que las patentes de los inventos comenzaron a ser una cuestión de Estado, o a valer millones de dólares— en el libre intercambio de ideas. Y sin embargo Simmel la considera a la sociedad secreta como "una excelente escuela para las relaciones sociales", pues entre otras cosas implica la capacidad de mantener la confianza en los otros y de guardar un secreto por un tiempo prolongado. Además, con sus rituales, las amenazas reales o imaginarias entre sus miembros, la obediencia, y, por otro lado, el sentimiento de exclusividad que genera, la autonomía relativa que proporciona, la sociedad secreta le ofrece a los hombres mecanismos para enfrentar la homogeneización a la que conduce la sociedad de masas y su elemento esencial: el dinero. Simmel hace hincapié además en otro rasgo de estas sociedades: a la manía por hablar, al requerimiento permanente a la palabra —la palabra cura— que practica la sociedad moderna y sus medios de información, sus métodos terapéuticos, su sentido común y el chismorreio, la sociedad secreta acostumbra a actualizar la capacidad de callar, auténtica esencia, para Simmel, del ser humano.

En una pequeña digresión sobre la comunicación escrita Simmel presenta con casi todas las letras lo que podría denominarse una filosofía de conjurados.

Explicando lo que provoca la redacción y la lectura de una carta –un lugar liberado para los mal-entendidos y las interpretaciones– llega a afirmar que ésta deja ver mucho más de lo que muestra, dice algo para dar a entender otra cosa, que sólo un iniciado –el receptor de la carta– sería capaz de descifrar. ¿Y en qué consistiría la filosofía –como enseñaba Jacques Derrida en *Políticas de la amistad*– si no en un intercambio de cartas entre amigos? En rescatar la ambigüedad de los enunciados y la potencialidad del silencio se escondería quizás el secreto de la filosofía de Simmel y de su pensamiento sociológico. No lo sabemos. Aunque de este modo podría entenderse el rechazo, la reticencia o la incomprensión que provocó en su momento, y también los recaudos con los que los comentaristas la continuamos pensando.

Notas

1. Cuando Simmel se presentó en 1908 como candidato en la universidad de Heidelberg, por ejemplo, la evaluación que redactó el historiador Schäffer, uno de los jurados, lo describió como un judío íntegro "de pies a cabeza" (aconsejaba, además, rechazar su postulación dado el carácter "crítico y negativo" de su personalidad); en otras palabras, no consideró en ningún sentido el acta de bautismo de Simmel.